

## DISCURSO DE LA ACÁDEMICA SOLEDAD PUÉRTOLAS

Cuando les dije a mis nietos que le habían dado mi nombre a un colegio público, me miran con asombro, casi con incredulidad. Ellos, mis nietos mayores, van al colegio Isabel la Católica, en el centro de Madrid. Tienen once y siete años. No creo que sepan quién fue Isabel la Católica. Más tarde, al ver, en una fotografía que el director tuvo la amabilidad de enviarme, las letras que componían mi nombre, muy grandes, sobre la puerta del colegio, ya no parecían tan asombrados. Apreciaron muy positivamente el tamaño de las letras y los colores que lucen las paredes del edificio. Es sorprendente y envidiable la naturalidad con que los niños acogen los cambios y novedades. Creo yo que ni mis nietos ni los niños de este colegio que lleva mi nombre sabrían decir qué tenemos la reina Isabel la Católica y yo en común para haber tenido el honor de dar nuestros nombres a unos colegios. Excepto el hecho de que las dos somos mujeres, seres humanos del género femenino. Pero, pensando un poco, sí tenemos otra cosa en común. Isabel la Católica respetaba y amaba las letras, que se encuentran en el centro de mi vida. Con todo, ella fue reina y está ligada a un período histórico muy fundamental de nuestro pasado. Yo solo soy una persona que escribe, que, por vagas pero profundas y poderosas razones, utilizo las palabras para construir historias y universos que me ayuden a arrojar luz sobre nuestras vidas.

Desde los cuatro a los catorce años -¡diez largos años!-, de lunes a sábado, desde primeros de octubre a finales de junio, he pasado muchas horas en los muros de mi colegio, situado en la calle que hoy lleva el nombre de Paseo de Sagasta y que ocupaba el terreno donde ahora se levantan unos grandes almacenes. Era un gran edificio, provisto de jardín y de un extenso huerto. En aquellos espacios se celebraban procesiones y fiestas, que se llamaban asuetos. Por los anchos y encerados pasillos que recorrían el edificio desfilábamos las alumnas, las manos entrelazadas en la espalda, en silencio, de la sala de estudio a las aulas, a la capilla, al salón de actos, al refectorio. En las escalinatas que descendían del edificio hasta el jardín, nos sacaron algunas fotografías. Allí estamos, mis compañeras de curso y yo, con nueve años, quizá, y, en otro momento, vestidas de primera comunión.

Ese fue el entorno que me tocó en suerte para empezar a conocer al mundo que queda más allá de los límites de la familia. En los colegios no solo se enseña geografía, matemáticas o historia. En ese ámbito, nos iniciamos en las reglas sociales de comportamiento, experimentamos por nosotros mismos, sin la protección ni la restricción propia de la familia, las categorías generales que rigen la convivencia social. En el colegio se crean los primeros vínculos afectivos que se establecen fuera del ámbito familiar.

He pasado horas y horas entre aquellos muros. Era un colegio religioso y estricto. La educación, hoy en día, parte de otros principios y se enfrenta a retos mayores. Aquel concepto de educación ha sido felizmente superado. No olvidaré nunca, sin embargo, los lazos de afecto y amistad que forjé en aquel escenario y que aún perduran y dejan constancia del valor que, dentro del ámbito del crecimiento y de la educación, tienen los afectos.

Quiero decirles, también, que me siento parte de este proyecto. No ya de una forma general -no soy pedagoga y mi experiencia como profesora, aunque satisfactoria, queda enmarcada en casos aislados-, sino de una manera muy concreta. Mi nombre está ahí, en las letras sobre la puerta y en otros lugares o motivos del colegio. ¿Qué significa eso para mí? Es una llamada. Desearía poder comunicar a todos los niños y niñas que están ahora en los primeros cursos del colegio y que se convertirán, más pronto de lo que ellos piensan, en adolescentes y luego en jóvenes en busca de un lugar en el mundo, la importancia de cultivar, durante estos años, las facultades de la imaginación y de la creatividad. No tengo más remedio que lanzar este mensaje, puesto que soy escritora de ficción. La prioridad de los educadores es, desde luego, formar personas con criterio. El sentido del bien y del mal, la justicia, la equidad, la generosidad y la compasión son las bases de la educación. Una vez que hemos establecido estos principios, hay que subrayar la importancia de la libertad personal, de la imaginación y de la fantasía. Este ha sido siempre -desde mis remotos y largos días escolares- mi terreno. Desde él me dirijo a todos vosotros y me pongo a la disposición de los profesores y alumnos de este colegio.

Si algún niño o niña, ahora o en el futuro, se preguntan alguna vez quién es o fue la persona que responde al nombre de este colegio, me gustaría que le dijeran lo que soy, una escritora, una persona que ha hecho de las palabras su mayor punto de apoyo para vivir, un apoyo que, muchas veces, no pisa terreno firme, sino que se echa a volar.

En un día como este, en el que se hace oficial la inauguración del colegio, os animo a todos a intentarlo.

Muchas gracias